



## CAPÍTULO UNO

**É**l sabe lo que se siente ser enterrado vivo: la tierra en la boca, el silencio aplastante a su alrededor como una tumba hecha a medida. A veces Evander todavía siente ese sabor bajo la lengua, la tierra fértil incrustada entre las muelas. A estas alturas debería haber superado ese recuerdo, pero no logra desprenderse de él. Y no en el buen sentido.

Hay momentos en los que siente que sigue ahí afuera, descomponiéndose hasta los huesos, con las raíces enredadas en el delicado tejido de sus pulmones y la putrefacción brotando de lo que queda de sus costillas. Nadie llegó a tiempo a salvarlo. Nunca lo desenterraron. Quizás lo único que quedó de él fueron huesos blancos en el jardín y lo que ahora habita la extensión vacía de su habitación en la vieja mansión descuidada de Hazelthorn es solo su fantasma.

Excepto que a los fantasmas no les salen ampollas de sangre en los brazos después de pellizcarse agresivamente, y Evander acaba de

provocarse la cuarta de la noche. Un pequeño estupor de dolor como prueba de que sigue vivo.

El cielo gris trajo un anochecer temprano y la oscuridad arrastró su ánimo al suelo. A veces, le pesa su soledad. El único que entra y sale de su cuarto es el anciano mayordomo, que todos los días le trae su dosis de medicamentos espesos y lechosos que lo dejan adormecido y apagado. Se desploma sobre la cama y se queda mirando el empapelado de la pared hasta que el patrón de faunos de mirada vacía y espinas bañadas en sangre deja de dar vueltas y la soledad se diluye.

Entonces se despierta.

Y todo empieza otra vez.

*una y otra y otra y otra vez*

Hace ya mucho tiempo renunció a gritar.

Lo único que queda es permitir que el silencio se solidifique a su alrededor, como un velo, como una lengua que le recorre el contorno de la oreja y lo obliga a escuchar cada sonido que detesta, filtrándose por la ventana entreabierta: los susurros apagados de los árboles, el gorjeo de las aves nocturnas y las cigarras desplazándose entre los múltiples jardines cercados, la brisa húmeda que sacude los setos de laureles. El aroma del verano es implacable, un golpe certero de hojas perennes y flores, de tierra removida, savia y *vida vida vida*.

Podría cerrar la ventana, pero eso sería concederle la victoria al jardín. ¿Diecisiete años y con miedo al exterior? Patético.

Pero es que cuando mira al jardín piensa en sangre.

Piensa en la pala cayendo con fuerza.

Piensa en la tierra cubriéndole el rostro.

Piensa en el “accidente”, como le gusta llamarlo a su tutor.

*fue un ataque y lo sabes*

Su postura junto a la ventana mirador no ayuda en nada a calmar su miedo. Está encorvado, casi formando una U, con un libro a poco más de dos centímetros de la nariz, las piernas apoyadas a la mitad de las volutas talladas y el cuello torcido sobre el tapizado de terciopelo. Los almohadones tienen más de cien años, lo que explica por qué su color esmeralda terminó degradándose hasta un negro marchito que combina a la perfección con el resto de su habitación húmeda y asfixiante.

Todo está podrido en la mansión Hazelthorn.

Y él también se pudre en su interior.

Desde el primer piso, tiene una vista amplia de la densa extensión de los jardines. Los inmensos muros de piedra, los árboles colosales y los setos han reclamado cada centímetro, mientras las enredaderas lo invaden todo con una malicia retorcida. La palabra “descuidado” no alcanza para describirlos. Los jardines son magníficos, indomables, terribles en su estado salvaje. Incluso el camino de adoquines que rodea la mansión parece a punto de desaparecer bajo la plaga de hierbas que brotan entre las rocas y las zarzas que se clavan en los muros asfixiados por las plantas trepadoras de la mansión.

A veces se sienta junto a esta ventana y observa al señor Byron Lennox-Hall salir con sus tijeras de podar, aún con su pantalón de vestir arrugado, su chaleco y sus zapatos Oxford relucientes, a punto de quedar cubiertos por restos de pasto recién cortado. No contrata jardineros ni ningún otro tipo de personal, salvo Carrington, y prefiere ocuparse él mismo del terreno con una eficiencia irregular, aunque brutal: degollar gargantas verdes, cercenar las arterias de las enredaderas, someter los matorrales con pura ira. Es un hombre austero, reservado y severo. Pero cada vez que sale, siempre alza la vista hacia la ventana de Evander y levanta una mano para saludarlo.

Es lo que haría un padre.

No es que Evander lo sepa con certeza; no recuerda los rostros de sus propios padres. El señor Lennox-Hall ha sido su tutor desde que tenía diez años, aunque suele ausentarse por viajes de negocios que se prolongan durante meses. Cuando regresa, visita a Evander para jugar una partida de ajedrez, darle una palmada en el hombro y entregarle libros nuevos. Quizás sea así de drástico con su verdadero nieto, pero él no tiene forma de saberlo.

No debería pensar en ese chico, pero aun así le gusta sentir ese nombre retorcerse en su boca y moverlo como a un caramelo duro y amargo.

–Laurence Lennox-Hall –susurra, mirando hacia el jardín–. Laurie. –Y, como su garganta se siente áspera por falta de uso, añade–: Lo odio.

Siente una oleada de calor al pronunciar su nombre, apenas suficiente para quemarle la lengua por dentro y hacerle imaginar cómo sería grabarlo en el vidrio de la ventana con los dientes.

No recuerda cómo era antes, cuando ambos eran niños, mejores amigos como lo habían sido sus padres, siempre juntos, con las risas resonando entre los muros del jardín.

Pero es normal olvidar cosas después de haber estado al borde de la muerte.

Un golpe inconfundible suena en la pesada puerta de roble de su habitación. La llave gira en la cerradura. Evander suspira y deja que sus piernas se deslicen por la pared como si no tuvieran huesos antes de ponerse de pie. Ocho en punto. Hora de los medicamentos. Después verá un documental en su vieja laptop hasta quedarse dormido. Hazelthorn apenas logró arrastrar su cadáver en descomposición hasta el siglo XXI e instalar internet fue, al parecer, pedir demasiado. Pero tiene grabaciones. Tiene libros. Aquí está a salvo.

Lo alojaron en el ala norte parcialmente cerrada. Su habitación es ordenada y cómoda: una cama enorme con dosel, rodeada de cortinas oscuras de terciopelo, y un empapelado con un diseño de roble venenoso, polillas y pequeños faunos feroces. No tiene chimenea, aunque siempre la echa de menos cuando el invierno se vuelve implacable. Hay estanterías llenas de libros, un escritorio en un rincón, rompecabezas y juegos de lógica apilados, y una marca gastada en la alfombra que va de la ventana a la puerta, resultado de su ir y venir constante.

La sangre en la alfombra ya no se nota. Apenas piensa en ella.

Espera a que Carrington entre con los medicamentos, pero la puerta no se abre. Evander frunce el ceño. Escuchó la llave girar..., ¿o no?

Con cuidado, como si estuviera cometiendo un acto prohibido, cruza la habitación lentamente y apoya el cuerpo contra la dura puerta de roble. Sus dedos descansan con ligereza sobre el picaporte de latón.

Empieza a girarlo, *despacio*.

El metal cede con un crujido antiguo. Y la puerta se abre.

Al otro lado, la espesa oscuridad del pasillo se extiende como la garganta de un cadáver y no hay rastro del mayordomo.

Alguien destrabó su puerta y se fue.

La confusión se asienta en sus entrañas, una ansiedad líquida que lo hace tamborilear los dedos contra el muslo mientras se asoma al corredor. La última vez que salió de su habitación fue...

No lo recuerda.

La puerta está cerrada por una razón: su seguridad. Cuando era niño, no lo entendía: enfermo, huérfano y traumatizado, pero ahora los límites tienen sentido. Si sufre un episodio, aquí tiene la contención de la cama, la restricción de las paredes, la tranquilidad de lo familiar. Salir es impensable.

Permanece de pie en el umbral, anticipando el escalofrío en los brazos.

–¿Carrington? –pregunta con una voz débil que se arrastra por el largo pasillo como un niño quejumbroso. Tose, profundiza su voz y lo vuelve a intentar–. Eh, ¿Carrington?

La oscuridad le devuelve la mirada, con la boca húmeda y abierta.

Sale al pasillo casi sin respirar, sin tener idea de dónde saca este atisbo de valentía. Sus dedos descalzos se retuercen sobre la alfombra gastada mientras desliza una mano por la pared para no perder el equilibrio, dado que no hay ninguna luz encendida. Varios cuadros de marcos dorados cuelgan sobre el tapiz oscuro y todas las puertas están cerradas. Prueba algunos picaportes, solo por curiosidad. Cerrados. Nadie más usa el ala norte salvo él y el silencio es tan denso que nunca se oye señal alguna de vida proveniente del resto de la mansión.

La madriguera de pasillos sinuosos lo conduce hacia una escalera angosta y empinada que desciende hacia un descanso extraño. Se agacha y se asoma por el barandal hacia el piso inferior. Las piernas le tiemblan de forma absurda y en el pecho siente un aleteo frenético, como si tuviera un colibrí atrapado en su interior.

Unas voces tenues se abren paso por la escalera, apagadas e indistinguibles.

Hay personas en Hazelthorn.

Evander no puede respirar. Siente el estómago lleno de crema cortada y tallos de violetas en descomposición, y no alcanza a dimensionar lo *mal* que está esto. Además de Carrington y él, nadie más tiene permitido entrar a la propiedad. Salvo el nieto del señor Lennox-Hall y, aun así, solo cuando terminan las clases y su abuelo está en casa. Pero ese no es el caso. El señor Lennox-Hall todavía no ha regresado de su último viaje de negocios.

Esa es la regla inquebrantable: Evander y Laurie nunca pueden volver a quedarse solos.

Debe haber perdido la cordura, porque empieza a bajar por la escalera, avanzando en silencio, con los pies descalzos sobre la alfombra. *Regresa a tu cuarto*, le susurra algo en su interior, pero no puede detenerse.

Parpadea para acostumbrarse a la tenue luz que titila en los candelabros del pasillo mientras cruza un comedor ornamentado y una biblioteca sofocante, todo sumido en sombras de verde oscuro. Las voces, la música, se le clavan en la garganta como anzuelos y lo arrastran hacia ellas, sin que pueda oponerse.

– ... esto es lo que pasa cuando haces que te expulsen.

–No me expulsaron, Carrington.

– ... tu abuelo no se va a tomar esto a la ligera.

–¿Desde cuándo se toma algo relacionado conmigo a la ligera? Odio a ese viejo bastardo. No veo la hora de que se pudra bajo tierra.

–Suficiente...

La curiosidad es un veneno y Evander se desprecia por no poder resistirse. Aun así, no se detiene hasta llegar al pasaje abovedado. La sala de estar es una habitación extravagante, abarrotada de divanes, bibliotecas y plantas, las cortinas pesadas y las lámparas con borlas le dan una sensación claustrofóbica.

Y ahí está la persona que más debería odiar en el mundo.

Evander se queda inmóvil.

El muchacho está despatarrado sobre un diván antiguo, con la indolente indiferencia de un heredero malcriado, tan relajado y casual como si nunca le hubieran negado nada en la vida. Su cabello dorado es una maraña irritante y su camisa blanca con el cuello abierto deja

al descubierto el arco elegante de una garganta aristocrática. Solo una muñequera ortopédica en su mano izquierda rompe esa perfección perezosa.

Verlo tan cerca después de tantos años le provoca un discordante aluvión de vértigo. Apenas logra retroceder hasta quedar oculto en la arcada en sombras cuando el viejo mayordomo sale del salón con una bandeja de platos sucios. Carrington todavía usa trajes negros y chalecos piqué blancos, como si fuera un mayordomo salido de una novela del siglo pasado. Nunca disimula su aversión por Evander, pero aun así lo atiende con una rigurosa dedicación. Es su *trabajo*.

No alcanza a verlo, presionado contra la pared, cuando se aleja a toda prisa hacia la cocina.

Evander espera a que su corazón acelerado se calme antes de asomarse otra vez al salón. Vete. *Ahora*. Pero no puede.

Necesita volver a ver a Laurie.

Sus dedos se aferran a la arcada hasta que los nudillos se le ponen blancos.

A Laurie le toma solo un segundo verlo y se queda congelado.

De algún modo, Evander no estaba preparado para esto, para ver en quién se ha convertido Laurie, para darse cuenta de lo mucho que ha crecido, mientras él mismo sigue atrapado en el pasado. Debe verse patético: su cabello oscuro y lacio demasiado largo, pasando la mandíbula y pidiendo un corte desde hace tiempo, el suéter sucio y los pantalones de pijama a cuadros colgándole de las caderas huesudas, las extremidades demasiado largas y flexibles, como si en cualquier momento fueran a doblarse en la dirección equivocada. Tiembla apenas, no sabe si es por miedo o rabia.

No debería enojarse. No es bueno para su salud.

Laurie se acomoda en el diván con una sonrisa burlona curvándole la boca.

–Casi había olvidado que eras real.

El calor se apodera de las mejillas de Evander.

–No puedes estar aquí. –De algún modo, le sorprende oír su propia voz, pero aprieta los dientes y sigue–: No tienes permiso.

El chico se desploma sobre el diván y arquea una ceja.

–Creo que te sorprendería saber que esta, de hecho, es *mi* casa. Tú eres el trasplante. –Saca el teléfono como si la situación no fuera nada interesante, aunque su respiración parece un poco acelerada.

Como si esto también lo hubiera tomado por sorpresa.

Laurie no piensa en él, comprende Evander. Recorre el país, asiste a internados prestigiosos, vive su vida más allá de las paredes de Hazelthorn sin pensar ni un segundo en él ni en lo que le hizo.

Mientras que Evander tiene que pensar en Laurie todos los días.

No debería. Intenta no hacerlo. Pero aun así piensa en este chico hasta quedarse sin aire, hasta que hiperventila y la boca se le llena de un sabor metálico por haberse mordido la lengua.

–Si se entera de que regresaste mientras él no estaba ... –Cada palabra tiembla con una ira que no sabía que podía sentir.

–Ya lo sabe –suelta Laurie, con los ojos entornados, aburridos–. Está en el invernadero ahora, perdiendo el tiempo con sus estúpidas plantas. Llevo una semana de vacaciones y él estuvo aquí todo el tiempo.

Evander cierra la mano en un puño. Un zumbido agudo le llena los oídos. Intenta recordar si siempre fue así entre ellos: Laurie, distante y cruel; Evander, carcomido por los nervios.

–Puedes venir a sentarte si quieres –agrega, lanzando la invitación como si arrojara un hueso a un perro–. Te ves pálido.

Siente cómo la exasperación lo invade; su mandíbula se le tensa hasta doler.

–Así me veo siempre.

*Porque siempre estoy enfermo, quiere gritar. Y es tu maldita culpa.*

Aunque tal vez sí necesita sentarse. La vista se le nubla y el estómago no deja de revolverse. Pero no logra entenderlo. El hecho de que el señor Lennox-Hall haya regresado a Hazelthorn hace días sin molestarse en verlo resulta inconcebible.

Pero entonces, ¿qué es él sino un acto de caridad atado a ellos por la culpa?

–Iré a ver a tu abuelo y hablaré con él. Debe ser un error. –Sueno irritado, pero los ojos de Laurie se iluminan con un interés repentino.

–No –dice–. No le gusta que lo interrumpen. Quédate aquí conmigo. Su mirada lo clava contra la pared.

No.

Eso no puede pasar. Nunca.

De pronto, Evander está de regreso en el jardín, atrapado entre hojas de acebo y espinas de rosas. Retrocede una vez, dos veces, y voltea y huye hacia las profundidades de la mansión.

Su odio por Laurie es incontrolable, salvaje, amargo como ajeno en la boca, y, a estas alturas, debería haber perdido todo interés en él. No debería buscarlo desde la ventana. Ni ansiar fragmentos de su voz. Ni pensar en sus ojos azules de aciano y en la hermosa forma de su boca despreciable.

Todavía puede sentir la sangre, la tierra, los pétalos en descomposición y la muerte, derramándose casi como tinta índigo.

Siete años atrás, Laurence Lennox-Hall intentó matarlo en el jardín, junto a las rosas. Y, de algún modo, Evander sigue obsesionado con él.